

cirle á un hombre en su cara que es un bribon, que ha abusado de la amistad comprometiendo á quien con tan buena fé hacia confianza de él?

—¿Y no te parece á tí mas fuerte lo que él ha hecho? ¿y no crees que un hombre capaz de semejantes cosas es indigno de la menor consideracion?—preguntó á su vez Ramon acabando de mudarse de traje; y sin esperar la respuesta de su amigo le puso él mismo su sombrero en la cabeza y tomándole del brazo le arrastró fuera de la habitacion.

LXXIII.

El falso amigo.

La casa en que habitaba Manuel estaba muy léjos de parecerse á las modestas viviendas de nuestros dos amigos. A pesar de tutearse con Manuel, Ramon y Mauricio no le visitaban; sus relaciones eran de colegio y calle, pues aunque varias veces les habia ofrecido su casa, no teniendo negocio que tratar con él y no pudiendo perder el tiempo en visitas inútiles por ser ambos pobres y tener necesidad de trabajar para vivir, no habian aceptado el ofrecimiento.

Al entrar al zaguan, Ramon estrechó el brazo de Mauricio de una manera significativa, y le dijo en voz baja:

—Mira qué lujo, chico; vete formando idea del hombre; ¿de dónde puede venirle esto?

Habian penetrado en el patio y avanzado algunos pasos nuestros dos amigos, cuando un mozo se interpuso en su camino y les preguntó con tono casi regañon:

—¿A quién buscan vdes.?

—¡Toma!—dijo Ramon con aire de importancia—¿á quién quiere vd. que busquemos? á su amo, á Manuel.

—¿Tienen vdes. la bondad de darme sus tarjetas?—continuó el cerbero algo humanizado al ver la resolucion con que le hablaba nuestro amigo.

—¿Nuestras tarjetas? Es inútil, anúnciele vd. á dos antiguos condiscípulos suyos.

—Es que no sé si está.....

—Bueno, hombre, bueno, vaya vd. á informarse.

El criado subió pausadamente la escalera, y Ramon, que no era hombre de aguardar á nadie de pié y en el patio, subió tras de él llevando consigo á Mauricio, á pesar de las indicaciones del portero de que le aguardase un momento.

Mientras el criado se dirigió á la cocina para hacer que le llevaran el recado á Manuel, Ramon, que habia visto al fondo del corredor una vidriera abierta se introdujo por ella en union de su amigo á una antesala, en la que se ostentaban un rico ajuar dorado con tapiz de terciopelo carmesí, consolas doradas y primorosamente talladas, con cubiertas de mármol, grandes espejos, magníficos adornos de bronce, mullida alfombra y cortinas de punto bordadas.

—Ve mirando, chico—decia Ramon á Mauricio—aun cuando trabajemos toda la vida no llegaremos ni tú ni yo á tener este tren. Lo que me admira es que no estén aquí tus cuadros; ya se ve, estarán en la sala como lugar mas preferente; me late que se entra por aquella puerta, ven.

Mauricio estaba asombrado y dejaba hacer á Ramon, que con el mayor garbo del mundo empujó la puerta á que se habia referido, que en efecto conducia al salon, adonde hizo entrar á Mauricio, llevándole de la mano.

Los muebles de aquella pieza, soberbiamente tallados y de madera negra, estaban forrados de reps de seda naranjado y

blanco; en el centro habia una mesa tortuga y sobre ella un grupo de bronce dorado, perfectamente acabado, que representaba el rapto de las sabinas; en el fondo, dos gigantescos espejos, á ambos lados de una puerta, reproducian dos magníficos jarrones, de la misma materia que el grupo de que acabamos de hablar y de una cinceladura que haria honor á Benvenuto Cellini, que descansaban sobre el blanco mármol de las consolas que servian de base á los espejos; arriba de la puerta, el cuadro de la familia pintado por Mauricio atraia desde luego la atencion del visitador; en las paredes laterales lucian las otras dos obras maestras de nuestro héroe, y arriba del sofá un espejo horizontal completaba el adorno elegante y de buen gusto de aquel salon, en cuyos cuatro ángulos habia además cuatro columnas de mármol con candelabros de bronce dorado haciendo juego con una gran lámpara del propio metal que colgaba del centro del cielo raso blanco y oro; en las paredes alternaban con el blanco papel moaré que las tapizaba, cortinajes de punto con goteras de igual tela que la que cubria los muebles.

Nuestros dos amigos no habian tenido aun tiempo para pronunciar una sola palabra, cuando por la misma puerta por donde ellos habian entrado apareció Manuel, visiblemente contrariado, y buscando á los que se habian atrevido á entrar sin su permiso al *Sancta sanctorum*; porque Manuel, como todos los amantes del lujo y del dinero que tienen una alma miserable, cuidaba exageradamente cuanto poseia, y no habria querido que nadie pisara sus alfombras ni tomara asiento en sus muebles porque no se maltrataran. Su contrariedad subió de punto cuando reconoció á Ramon y á Mauricio y el primero le dijo con cierta sorna:

—¡Cáscaras, chico! vives como un príncipe.

—¿Tú crees?—contestó Manuel entre molesto y risueño.

—No creo, sino veo.

—Pero, ¿qué milagro es este? ¿qué buenos vientos traen á vdes. por aquí?

—Es un milagro masónico, Manuel—respondió seriamente Ramon, y en cuanto á los vientos que nos traen á tu casa pronto vas á poder calificarlos mejor.

—Esto ya pica en historia, replicó Manuel esforzándose por sonreír, nos sentaremos para saborearla cómodamente.

E hizo á los dos amigos una indicacion para que tomaran asiento.

—Decias.....—continuó, dirigiéndose á Ramon.

—Decia yo que nuestro amigo Mauricio ha recibido esta comunicacion de la que te suplico te enteres—y alargó á Manuel el oficio que ya conocen nuestros lectores.

Mientras Manuel leia, Ramon no apartaba la vista de su semblante, que permaneció impasible. El mason propagandista habia tenido tiempo de recobrase, y aguardaba sereno la tempestad que se le preparaba.

En cuanto á Mauricio, estaba mortificado como si él fuese el verdadero culpable, y habria querido hallarse á mil leguas de distancia.

—Y bien—dijo Manuel cuando concluyó la lectura—¿qué es lo que desea Mauricio? ¿que le obtenga un plazo?

—Manuel—contestó Ramon asombrado de tanto cinismo—lo sé todo; esos cuadros que constituyen el mejor adorno de este lujoso salon son obra de nuestro amigo Mauricio, á quien se los has exigido como precio de su iniciacion y de sus ascensos en la masonería; no venimos aquí á pedirte un favor, ni á exigirte el cumplimiento de tu compromiso, venimos á que nos devuelvas esos cuadros que posees malamente; en cuanto á lo que le cobran á Mauricio, veremos él y yo si debe ó nó pagarlo.

—Estoy admirado—repuso Manuel—de que Mauricio, que ya es mayorcito de edad, necesite tutores para arreglar sus negocios particulares, y extraño que se haya prestado á esta indigna farsa y te esté escuchando sin desmentirte; esos cuadros que me reclamas á su nombre y en su presencia me pertenecen legítimamente, por donacion en forma que me ha hecho de ellos á cambio de servicios éminentes que reconoce bajo su firma haber recibido de mí. Tengo en mi poder los documentos que lo acreditan y desafío á Mauricio á que diga lo contrario.

—Manuel—dijo entónces Mauricio despegando sus labios secos y grises de ira—tú sabes bien que no dices la verdad y que al exigirme la firma de esos documentos que yo tuve la debilidad de cubrir con mi nombre creyendo en tu palabra de caballero, tú te comprometias en cambio á satisfacer por mí cuanto se necesitara para los gastos de las farsas que me has hecho representar; ó mejor dicho, á que la logia recibiera los cuadros en lugar de dinero; eres un miserable fullero, indigno de que un hombre honrado te dirija la palabra.

—Recuerda que estoy en mi casa, Mauricio.

—Para decir la verdad cualquiera lugar es á propósito.

—Te haré despedir por mis criados, insolente!

—¡Calma, calma!—dijo entónces Ramon interponiéndose—al primer movimiento que hagas para llamar, te echo la mano al cuello y te doy otra leccioncita como la que me valió el gusto de ser tu amigo. Seamos razonables, monseñor Manuel.

—Veamos, ¿qué es lo que exigen vdes. de mí?—contestó este, mas humanizado con la amenaza de Ramon y recordando la felpa á que aludia nuestro buen amigo y que habia recibido de él en el colegio.

—Dos cosas muy sencillas. La primera, que ó le devuelvas

á Mauricio sus cuadros ó le satisfagas su importe; tú eres conocedor y sabrás apreciarlos en lo que valen; la segunda, que nos hagas el favor, previo el pago ó devolucion de los cuadros, de convencerte de que nunca nos has visto, y por consiguiente, de que no somos ni siquiera conocidos tuyos. Mucho nos honra tu amistad, chico, pero renunciamos generosamente á ese honor.

—Estoy dispuesto á comprar los cuadros, ¿cuánto valen?

—respondió Manuel, reflexionando que en la situacion en que se hallaba no podia hacer mas que lo que le exigiera Ramon.

—Media talega cada uno, ya ves que no son muy caros.

—Mas podian ser.

—¿Cómo! ¿te atreves á regatear? ¡tres obras maestras! dijo con aire amenazante Ramon.

—Pero, señores, este es un verdadero asalto.

—Llámale como quieras, pero afloja los dineros. Entiendo que todas las maneras para recobrar uno lo suyo son buenas. Con que así, resígnate.

—¿Pero de donde quieres que yo haya esa cantidad? ¿Quién tiene en su casa y en estos tiempos mil quinientos duros tan á la mano?

—Pues si te parece mejor, nos llevaremos los cuadros, elige.

—Si te conformaras con un pagaré á un mes de la fecha...

—Mira, Manuel, si hemos de ser francos, creo que ese pagaré y nada es lo mismo, porque no tengo confianza en que le pagues; pero sin embargo, si Mauricio quiere aceptar tu proposicion.....

—Por mi parte no hay inconveniente—dijo Mauricio.

Entónces Manuel sacó una cartera de su bolsillo, rompió una de sus hojas y escribió:

«Al mes de la fecha pagaré al Sr. D. Mauricio de Gonzaga

mil quinientos pesos, valor de tres pinturas que le compré y he recibido á mi satisfaccion.»

—¿Te parece así?—preguntó á Ramon.

—La fecha, y firma—contestó este encogiéndose de hombros.

Luego que Manuel hubo firmado, Ramon tomó el papel que le alargaba y dijo:

—Hasta de aquí á un mes, Manuel.

—Hasta de aquí á un mes—contestó este.—¿Cómo! ¿no me dás la mano?

—Nó—contestó secamente Ramon.

—¿Y tú, Mauricio?

—Tómala, respondió este, alargándole su diestra, franca y leal.